

virtud, que pueden, sin avergonzarse, revelarse á amigos y enemigos, y todas las encontrarás bajo la proteccion de la señal de la cruz.

Lo que hoy te he dicho, acéptalo como un hecho de la experiencia. Mañana te daré las razones y las pruebas.

CARTA VIGÉSIMATERCERA.

Diciembre 20.

Razones del poder y de alta mision de la señal de la cruz.
 —Dogma fundamental.—Lo que pasa en el órden público, imágen de lo que tiene lugar en el órden moral.—La reforma, primera hija del Renacimiento del paganismo, abate todas las cruces.—La Revolucion francesa, segunda hija del paganismo imita á su hermana.—Segunda obligacion; hacer á menudo la señal de la cruz.
 —Razones tomadas del estado actual.—Tercera obligacion; hacer bien la señal de la cruz; condicion.—La señal de la cruz signo eterno de victoria.—Constantino.
 —Alabanzas á la señal de la cruz.

No habrás olvidado, querido Federico, que deducimos consecuencias prácticas de la sentencia pronunciada entre nosotros y nuestros abuelos, y la primera es, que debemos hacer resueltamente la señal de la cruz.

Aunque el fallo sin apelacion del tribunal basta para determinar nuestra conducta, he que-

rido, para hacerla más respetable, mostrarte la vergüenza, los peligros, y las desgracias que sobrevendrían de una rebelion teórica ó práctica. Los hechos han hablado. Has visto el signo de la bestia grabado sobre las frentes, los labios, los corazones, y los alimentos que no se santifican con el signo divino. ¿De qué proviene esto? Te he prometido decírtelo y voy á cumplirlo.

No puede ser ni será nunca de otra manera: el signo de la bestia marcará inevitablemente todo hombre ó cualquiera otra cosa que no proteja el signo libertador del hombre y del mundo. En cuanto al hombre, no cuenta con más preservativo contra el demonio, ni el mundo tiene otro pararrayo, que la señal de la cruz: donde no se la encuentra, Satán impera.

Pertenece este hecho, como lo hemos repetido, pertenece al dogma más profundo, universal é incontestable de la humanidad: *la sujecion del hombre y del mundo al espíritu del mal despues del pecado original*. Para hacer palpable lo que ántes te he asegurado de la alta mision de la señal de la cruz, déjame recordarte algunos hechos históricos muy poco marcados.

Lo que pasa en el órden político no es más que un reflejo de lo que sucede en el moral. Luego que una dinastía ocupa el trono, cuida de enarbolar su estandarte y de hacer grabar sus armas por todas partes. Estos son los signos de su dominacion.

Si llega á ser derrocada, el primer acto del vencedor es hacer desaparecer los emblemas de la dinastía vencida, reemplazándolos con los suyos. De esta manera se anuncia á los ojos del pueblo la inauguracion del nuevo reinado. ¡Cuántas veces, despues de setenta años, hemos visto en Francia y en otras partes el cambio de colores y de escudos!

Al venir á tomar posesion de su reino el Verbo encarnado, encontró á Satanás como rey y dios del mundo. Las estatuas, los trofeos, los escudos, el blason de la usurpacion, estaban deramadas por todas partes: vencido, desaparecieron todas esas señales de dominacion, y en su lugar brilló el blason del vencedor, la cruz.

Cuando por sus crímenes una alma ó un país son abandonados á Satanás y vuelve á tomar de ellos posesion, el primer acto del usurpador es hacer desaparecer la señal de la cruz. En-

tónces, y solo entónces, cuando ya nada tiene que temer de ese signo, obra como soberano.

Vuelve á leer una página de tu país. ¿Qué espectáculo presenta la Alemania de 1520 á 1530? Del Rhin al Danubio todas las cruces que despues de la victoria del cristianismo sobre la idolatría escandinava dominaban las montañas y las colinas, limitaban los caminos y estaban á sus orillas, esmaltaban los campos, adornaban la parte superior de los edificios, decoraban las habitaciones del rico ó consolaban la cabaña del pobre, fueron abatidas, destrozadas, arrojadas al viento ó arrastradas por el lodo en medio de las vociferaciones de un pueblo delirante.

¿Qué anunciaba el huracan destructor? La llegada del vencedor y el restablecimiento de su reinado. Desde ese momento domina en Alemania el espíritu de las tinieblas: reina como en el antiguo mundo, por el despotismo, el dolo, la crueldad, el robo, por la confusión de lo justo y de lo injusto, por la anarquía intelectual, bajo todos los nombres y todas las formas.

El mismo espectáculo presentan Prusia, Saxo, Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega, In-

glaterra, Suiza y todos los países en que el usurpador ocupa el lugar del legítimo rey.

Esto es tanto más significativo cuanto que no es aislado en la historia y se produce tantas veces cuantas Satanás toma posesion de un país. Particular ó general, lenta ó rápida, da el carácter de la victoria infernal, su extension y medida. En 1830 contamos únicamente por centenas las cruces abatidas; porque 1830 fué solo un aborto del 93.

En esta última época, época del completo triunfo del paganismo, pasó de otra manera: las cruces mutiladas y abatidas sobre el suelo de la Francia, contáronse por millares. En aquel lúgubre tiempo, pero de instructiva memoria, un día entre todos fué nefasto.

A los golpes de fanáticas hordas, el 10 de Agosto de 1792, vióse rodar entre la sangre el trono y el altar. Las matanzas de los Carmelitas y de San Fermin, la proclamacion de la República, el asesinato de Luis XVI, las hecatombes del Terror, las inmundicias del Directorio, las apostasias, los sacrilegios y las diosas Razon, fueron las consecuencias de esa lamentable jornada. Eternamente se marcará la ho-

ra precisa en que Satanás hizo su entrada triunfal en el cristianísimo reino.

“En aquel momento, escribe un historiador de aquella época, estalló una tempestad sin ejemplo sobre Paris. Un calor pesado y de muerte habia ahogado todo el dia la respiracion. Espesas nubes, entremezcladas en la tarde, de colores siniestros, habian como sumergido al sol en un océano suspendido.

“A las diez de la noche, la electricidad descargó millares de relámpagos semejantes á luminosas palpitations del cielo: los vientos aprisionados tras esas cortinas de nubes, se desataron con el mugido de las olas, encorbando las mieses, rompiendo las ramas de los árboles, y arrebatando los techos; la lluvia y la nieve resonaban sobre el suelo como si la tierra hubiera sido lapidada desde lo alto. Las casas se cerraron: las calles y caminos quedaron solos en un instante.

“El rayo que no cesó de estallar y huir durante ocho horas continuas, mató un gran número de personas de ambos sexos, de aquellos que durante la noche iban á hacer sus provisiones á Paris. Los centinelas fueron encontrados

mueritos en medio de las cenizas de sus garitones: las rejas de fierro torcidas por el viento y por el fuego del cielo, fueron arrancadas de las paredes en que estaban afianzadas y llevadas á increíbles distancias.

“Las dos alturas naturales que se elevan sobre el horizonte de la campiña de Paris, Montmartre y el monte Valérien, sostuvieron en mayor superficie el flúido amontonado en las nubes que las envolvian. Al descargar el rayo con preferencia sobre los monumentos aislados y coronados de fierro, *abatió todas las cruces* que se elevaban en el campo, en las encrucijadas, en los caminos y las calles, desde la llanura de Issy, y los bosques de San Germain y de Versailles, hasta la cruz del puente de Charenton.

“Al dia siguiente los brazos de aquellas cruces regaban el suelo, *como si un ejército invisible hubiera destruido á su paso, y repudiado todos los signos del culto cristiano.*”

No hay casualidad en el órden moral, como no hay tampoco salto en la naturaleza. Los hechos que acabo de recordar tienen una significacion, prueban hasta la evidencia la razon de existir ó no en un país la señal de la cruz: prue-

ban á las naciones y á las provincias, á los campos y á los hombres cualesquiera que sean, cuánto les importa conservar, multiplicar y honrar el signo protector de la creación entera.

Hacer con frecuencia la señal de la cruz, es la segunda consecuencia práctica del fallo pronunciado. ¿Y por qué no habrémos de hacerla? ¿por qué cada uno en lo que le conviene, no volvería á la práctica de nuestros padres? No se creían en seguridad ni un solo instante, ni aun en los actos más comunes de su vida, si no estaban protegidos por el signo de salud.

¿Somos por ventura más fuertes que ellos? ¿Nuestras tentaciones son ménos numerosas ó vivas, nuestros peligros ménos graves, nuestras obligaciones menores? Siempre que nuestros padres salían de sus moradas, sus ojos quedaban ofendidos por la vista de estatuas, pinturas, objetos obscenos, usos y fiestas, en que el espíritu del mal se ostentaba por todas partes.

¿Qué discursos, qué conversaciones, qué cantos no herían sus castos oídos? Bajo las formas más seductoras, el sensualismo y el naturalismo de las ideas y de las costumbres públicas y privadas eran una conspiración permanente,

contra lo sobrenatural de su vida, contra su espíritu de mortificación, de sencillez, de pobreza y abnegación.

Tenían además que defender su fé contra los sarcasmos, desprecios y sofismas de la plebe y de la filosofía pagana. Veíanse obligados á responder ante los jueces y á certificarla en los anfiteatros, ¿cuál era su secreto para salvarse de tantos peligros? La señal de la cruz, siempre la señal de la cruz.

¿Y cuál es la condición de nosotros los católicos del siglo diez y nueve? ¿No se ha tornado en pagano todo ó la mayor parte de cuanto nos rodea? ¿Dónde encontrar una palabra del Evangelio en la mayor parte de las cosas ó los hombres? ¿Cómo las de otros tiempos las ciudades de la Europa actual, no están inundadas de estatuas, cuadros, grabados y objetos capaces de encender aun en las almas más frías el impuro fuego de la concupiscencia? En las calles, en los salones, en las lecturas cotidianas, ¿qué hiere nuestro oído? ¿qué falta al mundo actual para ser completamente pagano en su lujo de mesa, de muebles, de habitaciones, de vestidos y de goces, qué le falta? La esclavitud y la ri-

queza, porque los instintos son los mismos que en tiempo de los Césares.

¿No es una continua celada espectáculo tal? ¡desgraciado del que no lo comprenda, y más desgraciado todavía el que no vele día y noche sobre su corazón y sus sentidos! Si es difícil defender nuestras costumbres, ¡qué guerra no tenemos que sostener para salvar nuestra fé!

Vivimos en una época en que las ideas falsas, las mentiras y los sofismas circulan en la sociedad tan numerosos como los átomos del aire. Los anfiteatros donde debemos combatir por la Iglesia, por nuestras creencias, por nuestras tradiciones, por nuestros usos, por el sobrenaturalismo cristiano, se encuentran por todas partes: la arena no se cierra nunca, un combate no termina sino para que otro vuelva á comenzar.

Colocados en las mismas condiciones que nosotros, los primeros cristianos no conocieron más que una arma victoriosa, universal, familiar á todos y de que hacian un uso continuado, la señal de la cruz. ¿Tenemos por ventura otra mejor?

¡Ay! si alguna vez fué necesario hacer á menudo el signo protector sobre nosotros y las criaturas, es hoy. ¿Qué cosa nos impide imitar

á nuestros abuelos? ¿Qué puede tener de incompatible con nuestras ocupaciones la señal de la cruz hecha sobre nuestro corazón, ó á la manera antigua sobre la frente con el pulgar, ó sobre la boca con el pulgar y el índice? ¿Si quedamos vencidos, de quién será la falta? *Perditio tua ex te Israel!*

Hacer bien la señal de la cruz es la tercera aplicacion de la sentencia pronunciada. La regularidad, el respeto, la atencion, la confianza, la devocion, deben acompañar á nuestra mano al formar el adorable signo.

La regularidad exige que la señal de la cruz en su forma perfecta, se haga segun la ley tradicional, es decir, con la mano derecha y no con la izquierda, llevando lentamente la mano de la frente al pecho, del pecho al hombro izquierdo y despues al derecho, pronunciando el nombre de las tres Personas de la Trinidad augusta.¹ En esto no hay nada de arbitrario.

Si salieran de sus tumbas los cristianos apotólicos, harian de esa manera la señal de la

¹ Nominato Spiritu Sancto, dum ab uno ad alterum laeus fit transversio. [Navarr., *Commet. de Orat. et horis canon.*, c. XIX, n. 200.]

cruz: "Hacemos la señal de la cruz con la mano derecha sobre los catecúmenos, dice San Justino, porque la mano derecha se tiene por más noble que la izquierda, aunque nada difiera de ella por su posición, ni por su naturaleza, como oramos vueltos al Oriente, reputándolo por la parte más noble de la creación. ¿De quién ha recibido la Iglesia este modo de orar? De los mismos que se lo enseñaron: de los Apóstoles."¹

Sobre la nobleza de la mano derecha, tenemos un curioso pasaje de San Agustín. ¿No reprehendeis, dice, al que come con la mano izquierda? ¿Si considerais que os agravia el convidado que á vuestra mesa come con la mano izquierda, cómo no sería una falta en la mesa divina, hacer con la mano izquierda lo que debería hacerse con la derecha y al contrario?²

1 Quemadmodum dextera manu in nomine Christi eos, qui crucis signo obsignandi sunt, obsignamus, propterea quod dextera manus præstantior censetur quam sinistra; quamquam situ, non natura, ab ea differat: sic Oriens, ut quæ pars sit in natura præstantior, ad Dei venerationem cultumque secreta est... a quibus autem Ecclesia peccandi morem accepit? Ab iis etiam ubi precandum sit accepit, id est, ab apostolis. [*Quæst.*, XVIII.]

2 Nonne corripis eum qui de sinistra voluerit manducare? in mensæ tuæ Sinjuriam putas fieri, manducante con-

San Gregorio agrega: "Tal es la manera de hablar entre los hombres: llamamos noble y precioso lo que está á la derecha, ménos precioso y ménos noble lo que se encuentra á la izquierda."¹

En cuanto á las palabras que acompañan al movimiento de la mano, son también de tradición apostólica. "Sobre cuanto encontréis, dice San Efrén, haced la señal de la cruz, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo."²

Y Tertuliano: "La fé está signada en el Padre, en el Hijo, y en el Espíritu Santo."³

San Alejandro, soldado y mártir en tiempo de Maximiano, al verse condenado á muerte, se vuelve al Oriente, hace tres veces la señal de la cruz sobre todo su cuerpo, y dice: Gloria

viva de sinistra; quomodo non fit injuria mensa Dei, si quod dextrum est, sinistrum feceris; et quod sinistrum est, dextrum feceris? [*In psal.* CXXXVI.]

1 Ipso enim locutionis usu, pro dextro habere dicimur quod pro magno pensamus; pro sinistro vero quod despiciamus. [*Moral.*, lib. XX, c. XVIII.]

2 Quæcumque pertransis, signa primum in nomine patris et Filii et Spiritus Sancti. [*De panoplia.*]

3 Fides obsignata in Patri et Filio et Spiritu Sancto. [*De Baptism.*, c. VI.]

á vos, Dios de nuestros padres, Padre, Hijo, y Espíritu Santo.¹

No obstante, la forma que acabo de describir, era ménos usada entre los primeros cristianos que entre nosotros. Su modo ordinario era hacer con el pulgar la señal de la cruz sobre la frente: *Frontem crucis signaculo terimus*. Esto dependia del temor de traicionarse y de la incesante repeticion del signo adorable. Aun hoy se ase así la señal de la cruz en España y en otros muchos países.

¿Por qué sobre la frente mejor que sobre el corazón? En esto, querido Federico, como en todo lo que es accion, hay grandes misterios. Yo cuento cinco.

El primero, el honor del divino Crucificado. "No sin razon, dice San Agustin, quiso el Verbo encarnado que su signo se hiciera sobre la frente. Ella es el sitio del pudor, y ha querido que el cristiano no se avergonzara de los oprobios de su Maestro. Así, pues, si la haceis en

1 Totum corpus cruce ter signavit et ad Orientem versus; Gloria, inquit, tibi sit Deus patrum nostrorum, Pater et Filius et Spiritus. [Apud Sur., 13 mai.]

presencia de los hombres y no os avergonzais, contad con la misericordia divina."¹

El segundo, el honor de nuestra frente: "El signo de la cruz, dice Tertuliano, es el signo de las frentes, *signaculum frontis*."²

Y San Agustin: "Una frente sin el signo de la cruz, es una cabeza sin cabellos. La calvicie es un motivo de burla y vergüenza. Lo mismo sucede con la frente que no está adornada con la señal de la cruz: esa frente es impudente. Escuchad á un hombre que insulta á otro, diciéndole: No tienes frente. ¿Qué quiere decir esto? que es impudente. Dios me preserve de tener la frente desnuda: que la cruz de mi Maestro la cubra y adorne."³

El tercero, el milagro de la Redencion. La señal de la cruz es un trofeo, y los trofeos no se colocan en los lugares oscuros, sino en las plazas publicas donde todo el mundo pueda verlos y mirándolos, recuerde los tiempos del ven-

1 Non sine causa signum eum Christus in fronte nobis figi voluit, tanquam in sede pudoris, ne Christi opprobria christianus erubescat. [In. ps. XXX, Ernarr. IV, n. 8.]

2 Contr. Marcion., lib. V.

3 Non habeam nudam frontem; tegat eam crux Domini mei. [In. ps. CXXXI.]

cedor. ¿Por qué, pues, exclama el gran Agustín, no habría colocado el Verbo divino, sobre la frente del hombre, sobre el más noble y visible de los miembros, el signo de la victoria obtenida por la cruz contra los poderes infernales?¹

Al pasar de los lugares de los suplicios sobre la frente de los emperadores, era necesario que la cruz proclamase eternamente el gran milagro de la conversión del universo.

El cuarto, la propiedad divina. Habiendo entrado en posesión del hombre el divino Crucificado, lo marcó con su sello, como el propietario marca los objetos que le pertenecen.

“Al punto, dice San Cesario de Arles, que el Redentor devolvió al hombre á la libertad, le marcó con su signo. Este signo es la cruz. Grabada en la puerta de los palacios, nosotros la llevamos en la frente. Es el vencedor el que la ha colocado, para recordarnos que ha entrado en su posesión y que somos sus palacios y templos vivos. Por eso el demonio, celoso, lleno de ira, nos asecha sin cesar procurando ro-

¹ Ipsam crucem de diabolo superato tanquam trophæum in frontibus fidelium positurus erat. [In Joan., Tract., XXXVI.]

barnos el signo de nuestra libertad, la carta de nuestra independencia.”¹

El quinto, la dignidad del hombre. La frente es la parte más noble del cuerpo, y como el asiento del alma. El que es dueño de la cabeza, es dueño del hombre, así es que la frente es la que se encarniza el demonio en deformar.

La deformación de ese órgano por medio de compresiones artificiales ha dado la vuelta al mundo, y aun subsiste en muchos países todavía. Desfigurar la Imágen de Dios, debilitar las facultades intelectuales, desarrollar los bajos instintos, tales son los resultados justificados de esa deformación humanamente inexplicable.

Reparador de todas las cosas Nuestro Señor ha querido que la señal de la cruz se marcase con preferencia en la frente, para libertarla y libertándola devolver al hombre con la plenitud de sus facultades la dignidad de su sér.

El respeto es otra de las condiciones para

¹ Et ideo nunc [diabolus] gemit, invidet, circuit, sin forte vel furto a nobis possit auferre instrumentum ipsius manumissionis et acquisitæ tabulæ libertatis. [Homil. V, de pascha.]

hacer bien la señal de la cruz. El respeto, porque es un acto de religion cuatro veces venerable: por su origen, por su antigüedad, por el uso que de ella ha hecho, todo cuanto el mundo ha visto de más grande y más santo, apóstoles, mártires, cristianos de la primitiva Iglesia y de todos los siglos, y por la gloria con que brillará en el último día del mundo cuando al anunciarse la llegada del Soberano Juez, llegue en medio de nubes, en medio de un brillo deslumbrador, y se coloque majestuosamente al lado del tribunal supremo, para consuelo de los justos y eterna confusion de los malvados.

La atencion: sin ella el signo redentor no es más que un movimiento maquinal, inútil á nosotros mismos, é injurioso para Aquel cuya majestad, amor y beneficios recuerda.

La confianza: pero una confianza filial, viva, fuerte, fundada sobre el testimonio de los siglos, sobre la práctica de la Iglesia, y sobre los efectos maravillosos producidos por ese signo temido del demonio y libertador del hombre y del mundo.

La devocion: que pone de acuerdo el corazon con los labios. ¿Qué hago al formar la señal de

la cruz? Me proclamo amigo, discípulo, hijo de un Dios crucificado y bajo pena de mentirme á mí mismo y de mentir á Dios, debo ser lo que digo.

Escucha á nuestros padres: "Cuando te signes, piensa en todos los misterios que encierra la cruz. No basta formarla simplemente con los dedos, ántes de hacerla, son necesarias la fé y la buena voluntad. . . Cuando marques con la señal de la cruz, tu pecho tus ojos y todos tus miembros, ofrécete como hostia agradable á Dios. . .

Si, al marcarte con la señal de la cruz, te proclamas soldado cristiano, y no practicas al mismo tiempo segun tu poder, ni la caridad ni la justicia ni la castidad, de nada te servirá la señal de la cruz.

Es una gran cosa la señal de la cruz; y es preciso no servirse de ella más que para marcar las cosas grandes y preciosas. ¿De qué sirve poner un sello de oro, sobre un poco de heno ó sobre lodo? ¿Qué significa el signo de la cruz, sobre la frente y los labios, si interiormente el alma está llena de crímenes y manchas?"¹

¹ S. Chrys., *Homil. 54, in Matth.*; S. Eph., *De adorac.*
28.—LA SEÑAL DE LA CRUZ.

“¿De qué sirve hacer la señal de la cruz y pecar? Equivale tanto como á hacer la señal de la vida sobre la boca y hundirse un puñal en el corazon.”¹

De aquí se deriva ese proverbio de los primeros cristianos: Hermanos, tened á Jesucristo en el corazon y su señal en la frente: *Habete Christum in cordibus, et signum ejus in frontibus.*²

De ahí tambien aquellas palabras de San Agustin: “Dios pide, no pintores, sino ejecutores de sus misterios. Si llevais sobre la frente el signo de la humildad de Jesucristo, llevad en el corazon la imitacion de su humildad.”³

Razon sobra para obrar así. Que nadie se atreva á decir que hacer bien ó mal la señal de la cruz es poca cosa. De diferente modo pensaron los siglos cristianos; de otro modo piensa todavia la Iglesia católica, maestra de la ver-

vivif. cruc.; S. Aug., *Serm.*, 215, *De Temp.*—*Signum maximum atque sublime. Lact. Div. instit.*, lib. IV, c. XXVI.

¹ Qui se signat et aliquid de sacrilego cibo manducat, quomodo se signat in ore, et gladium sibi mittit in pectore. [S. Cas., *Serm.* 278, *inter Augustin.*]

² Bed., t. III, *In col'ect. flor. et paraph.*

³ Factorem querit Deus signorum suorum, non pictorem, etc. [S. Aug., *Ser.* 32.]

dad; de distinto modo pensó la Verdad misma en persona. Aun admitiendo que esa señal de la cruz sea poca cosa, ¿no ha dicho el Verbo encarnado: “El que es fiel á las pequeñas cosas, será fiel á las grandes, y el que es infiel á las pequeñas, será infiel á las grandes?”

¿No es esa diaria fidelidad la que forma la vida cristiana y prepara la fortuna eterna? En el negocio de la salvacion como en cualquiera otro, *lo que basta no es suficiente.* El que no quiere hacer más que lo necesario, no lo hará por largo tiempo.

Si diez veces al dia hago la señal de la cruz, bien hecha, hé ahí diez buenas obras, diez grados de gloria y de felicidad más para toda la eternidad. Hé ahí diez monedas más para satisfacer nuestras deudas ó las de nuestros hermanos en las tierras del purgatorio; diez instancias más para obtener la conversion de los pecadores y la perseverancia de los justos, alejar del mundo y de sus criaturas, las enfermedades, los peligros y otros azotes.

Calcula la suma de méritos acumulados al fin de la semana, de un año, ó de una vida de cincuenta años. ¡Y todavia se dirá que es poca cosa!

Ya conoces, querido Federico, la señal de la cruz y la manera de hacerla. Déjame ahora confiarte un ambicioso pensamiento. Supongo que llega un extranjero á Paris, y pregunta quien es el jóven que en la capital hace mejor la señal de la cruz: yo deseo que se pueda nombrarle á tí. A este precio te prometo una vida digna de nuestros abuelos de la primitiva Iglesia, una muerte preciosa ante Dios, y quizá hasta los honores de la canonizacion: *In hoc vince: Por este signo vencerás.*

Estas palabras divinas son siempre antiguas y siempre nuevas, porque son la fórmula de una ley. Constantino, que fué el primero que mereció escucharla, es el tipo del hombre. El gran emperador avanzaba á marchas forzadas á combatir á Maxencio, odioso tirano que se habia apoderado de la capital del mundo. Repentinamente, en medio de un tiempo sereno, un poco despues de medio dia, apareció la señal de la cruz en los aires, brillante de luz, y visible á Constantino y á todo su ejército con esta inscripcion: *Por este signo vencerás: In hoc vince.* La noche siguiente, el Hijo de Dios se aparece al emperador, teniendo en la mano el signo

de la vispera, y le ordena que haga uno semejante de que se servirá en los combates, prometiéndole la victoria.

Constantino obedece: la señal celestial, cubierta de oro y pedrerías, brilla á los ojos de las legiones y se convierte en el célebre *Labarum*. Por donde quiera que aparece esta enseña, la confianza anima el valor de los soldados de Constantino y espanta á los de Maxencio. Las águilas romanas huyen ante la cruz; el paganismo ante el cristianismo; Satanás, el antiguo tirano de Roma y del mundo, ante Jesucristo, salvador de Roma y del mundo. No podia ser de otra manera.

Derrotado Maxencio, se ahoga, y Constantino entra á Roma. Una estatua le representa, teniendo la cruz en la mano, con la siguiente inscripcion que dicta él mismo: "Por este signo de salud, verdadero símbolo de fuerza, he libertado vuestra ciudad del yugo de la tiranía, y al devolver la libertad al Senado y al pueblo romano, los he restablecido en su antigua majestad y esplendor."¹

¹ Hanc inscriptionem, latino sermone, mandat incidere! Hoc salutare signo, vero fortitudines indicio, civitatem

Y Constantino eres tú, soy yo, es toda alma bautizada, es el mundo cristiano. Arrojad en la arena de la vida, á la cabeza de nuestros sentidos y potencias, marchamos al encuentro de un tirano más temible que Maxencio. Roma para nosotros es el cielo, pretende impedirnos que entremos á él. Se adelanta hácia nosotros al frente de sus legiones infernales: el combate es inevitable.

Como el hijo de Constancia, Dios nos da el mismo medio de vencer, la señal de la cruz: *In hoc vince*. Hoy, como otras veces, este signo es el terror de los demonios, *formido demonum*. Hagámosle con fé, el camino de la Ciudad eterna, está abierto entre nosotros.

Vencedores y vencedores por siempre, nuestro reconocimiento elevará á las miradas de los ángeles y de los elegidos, una estatua con una inscripcion parecida á la de Constantino. Por ese signo de salud, verdadero símbolo de fuerza, he vencido al demonio, libertado mi alma y mi cuerpo de su tiranía, y al devolver á mis

vestram tyrannidis jugo liberavi et S. P. Q. R. in libertatem vindicans pristinae amplitudini et splendori restitui. Euseb., *Vit. Constant.*, lib. C, c. XXXIII.]

sentidos y potencias, y á todo mi sér la verdadera libertad, los he establecido por toda la eternidad, en los esplendores de una gloria sin límites: *In hoc vince*.

¡Salve, pues, diré tomando las voces de los Padres y Doctores del Oriente y del Occidente, salve, señal de la cruz! estandarte del gran Rey, inmortal trofeo del Señor, signo de vida, signo de salud, signo de bendicion, espanto de Satanás y de las legiones infernales, muralla impugnable, armadura invencible, escudo impenetrable, espada real, honra de la frente, esperanza de los cristianos, remedio de los enfermos, resurreccion de los muertos, guía de los ciegos, sostén de los débiles, consuelo de los pobres, alegría de los buenos, espanto de los malvados, freno de los ricos, ruina de los soberbios, juez de los injustos, libertad de los esclavos, gloria de los mártires, castidad de las vírgenes, virtud de los santos y fundamento de la Iglesia.¹

Ya tienes, querido Federico, mi respuesta á tus dos preguntas. La autoridad de todos los siglos las resuelve en favor tuyo. Esta apologia victoriosa de tu noble conducta te armará, para

¹ Gretzer, lib. c. IV LXIV, etc.